

CLEMENTINA

Vuelva usted sus ojos á Dios.

ALFONSO

En Dios ponga sus ojos. (Casandra se ha sentado fatigada, y permanece quieta, en actitud sombría.)

ROSAURA, á Clementina y Alfonso, acompañándoles.

De todas las víctimas de doña Juana, ésta es la que me da más compasión.

CLEMENTINA

Se consolará pronto. ¿No lo crees?

ROSAURA

No.

ALFONSO

Ni yo. Entiendo que es pájaro muy doméstico, que no anhela libertad. (Salen á la antesala.)

CLEMENTINA

Yo creo que su carácter y su historia no son de los que hacen buenas migas con las tribulaciones.

ROSAURA

¿Qué será de esta infeliz?

CLEMENTINA

Tiene una solución y un camino que otras no tienen. Puede hacerse actriz.

ALFONSO

Su figura y rostro helénico parecen creados para el horror sublime de la tragedia. (Mirán-

dola desde la antesala.) Véanla desde aquí. (Casandra aprieta el puño y da un fuerte golpe sobre su rodilla.)

CLEMENTINA

Posee el arte de las actitudes. (Alza Casandra su cabeza y queda en actitud de arrogante fiereza.) Ahora me causa miedo.

ALFONSO

Y á mí compasión. (Salen al pasillo. Despedidos los Marqueses, vuelve Rosaura junto á su amiga.)

## ESCENA VII

CASANDRA, ROSAURA; después CORRITA.

CASANDRA, echándole los brazos.

Rosaura, dime... háblame. Tu cara no miente... Tú sabes lo que yo no sé.

ROSAURA, turbada, sin saber cómo empezar.

Sí... te diré... Pero has de prometerme tener juicio. No me pongas esos ojos espantados, que me dan miedo.

CASANDRA

Los tengo así de tanto mirar á esta tragedia oscura y á esta catástrofe invisible.

ROSAURA, premiosa.

Bien... Encargo tengo de decírtelo... No te aflijas demasiado... Mayor desgracia es la nuestra.

CASANDRA

Pronto, pronto.



ROSAURA, queriendo atenuar.

No es, en rigor, tan grave como sospechas.

CASANDRA, con gran viveza y energía.

No, no... no me des cloroformo. Corta por donde quieras. Sé resistir el dolor... Pronto: ¿por qué está Rogelio en esas dudas que le igualan á un condenado del Infierno?

ROSAURA

Porque doña Juana le ha requerido para formar nueva familia... conforme á la voluntad expresa de don Hilario.

CASANDRA

Resulta lo que pensé... Doña Juana quiere separarle de mí.

ROSAURA

Y casarle con una señorita de la familia... conforme al maldito testamento... Doña Juana quiere colocar á su predilecta Casilda Nebrija, que es un coquito de santidad... Para coger al *leopardo vagabundo*, como dice doña Juana, han armado una trampa con cebo de dos millones de pesetas.

CASANDRA

Y él...

ROSAURA

Rondando, dudando...

CASANDRA

Sin dejarse coger.

ROSAURA

Siento decirte, amiga del alma, que Rogelio cae, ó habrá caído. El leopardo no es digno de tí. Sus dudas aparatosas no son más que un hervor de poesía puesta al fuego, ó un canto hipócrita para adormecerte.

CASANDRA

No me adormece... Le conozco bien...

ROSAURA

Rogelio es loco por el dinero.

CASANDRA

El oro de los hombres y el sol de Dios le deslumbran lo mismo. Apetece el oro para mí y para nuestros hijos.

ROSAURA

¿Pero aún le disculpas?

CASANDRA

Sé que Rogelio, caiga ó no caiga en la trampa, nunca dejará de amarme.

ROSAURA

¡Pero te abandona! ¿Eres capaz de conceder tu cariño á un hombre semejante?

CASANDRA

No puedo querer á otro. Ni aun volviendo á nacer podré.



ROSAURA

¿Y en su conducta, no ves una traición villana?

CASANDRA

Enamorada estoy de sus defectos.

ROSAURA

Eres desdichada satélite del poeta, antes que compañera del hombre. Te alucina con imágenes, con sutilezas de su ingenio engañoso, destellos de mil colores, como los que despiden los ojos de los gatos.

CASANDRA

No profundicemos, Rosaura, en eso tan raro, ininteligible para tí: que Rogelio me ame, aunque me traicione, y que yo le ame á él, aunque amarle no deba. Pongamos á un lado ese misterio, y sigamos. Aún no me has dicho lo principal. Ya entendí que doña Juana quiere separarme de Rogelio. Me tiene por una mujer mala. Las buenas formas que Dios quiso poner en mí, son para ella hechura de Satanás... Vamos á otra cosa, Rosaura... ¿Y mis hijos? ¿Qué hace de mis hijos esa mujer, que aquí reparte bienes y males, alegrías y dolores, paz y guerra, quitándole á Dios el cetro del mundo?

ROSAURA

Pues tus hijos... Doña Juana se encarga de su educación cristiana... Sospecha que no están bautiza dos.

CASANDRA

Lo están.

ROSAURA

Por si acaso, quiere repetir... Y les criará y educará... les dará carrera.

CASANDRA

¿Lejos de mí?

ROSAURA, después de una pausa, temerosa de decirlo.

Así parece.

CASANDRA

Por la ley, ¿no debe encargarse de criarlos su padre, ó yo, yo misma, aun siendo tan... deshonorada como doña Juana quiere que sea?

ROSAURA, afligida.

Doloroso es decírtelo... Comprenderás que... el hecho de acceder Rogelio á...

CASANDRA

A quitarme los cachorros... Ese hecho, según tú, todo lo justifica. ¿Sobre eso te habló doña Juana concretamente?

ROSAURA

No con toda claridad.

CASANDRA

Pues alguien tendrá que explicármelo.

ROSAURA

Rogelio.

CASANDRA

No... Ella, ella, que es quien arma las trampas y todo lo dispone. (Clava los ojos en Rosaura.)



¿No crees que es ella... ella la que debe decirme? (Cruza los brazos, frunce más el entrecejo, y permanece un rato mirando al suelo.)

ROSAURA, sobreecogida.

¿Qué piensas, amiga mía? (Pausa.) En otras cosas fué más explícita doña Juana.

CASANDRA

¿En qué?

ROSAURA, saca de su seno el sobre.

Mira también por tí... Cuidará de tí... Al encargarme que te pusiera al tanto de sus resoluciones, me dijo que es obligación suya el ampararte.

CASANDRA

Y te ha dado una cantidad para que me la entregues. Con el dinero, con una sola llave, abre esa mujer piadosa las puertas del Cielo para sí, para mí las del Infierno.

ROSAURA, creyendo notar en Casandra repugnancia del donativo.

Cuando me dió esta comisión de entregarte el dinero, le dije que tú, quizás por dignidad, no querías tomarlo.

CASANDRA

¿Y á eso qué respondió?

ROSAURA

Pues dijo: "ella no tiene dignidad; pero si la fingiera y no gustase de recibir dinero mío, vendrás á devolvérmelo."

CASANDRA

Pues... ajustándome á la idea de la santa, no tengo dignidad y tomo el dinero. (Arrebata vivamente el sobre de manos de Rosaura.)

ROSAURA

Cuéntalo. Son diez mil pesetas.

CASANDRA

No me importa la cantidad. (Lo guarda en su seno.)

ROSAURA

Veo que te resignas, que tienes juicio y calma...

CASANDRA

Lo que yo no entendía cuando me hablaba esa mujer, ahora lo veo muy claro. Me amputa, me arroja. Puedo seguir ahora dos caminos, que para ella son carreras, como las que siguen los hombres: la carrera de mujer mala, ó la de mujer arrepentida.

ROSAURA

Así es. Si vas por el camino del bien, y quieres abrazar vida religiosa, te facilitará cuanto para esa vida sea menester... Si te lanzas al mundo, no podrá seguirte más que con su compasión y el socorro de sus oraciones. (Observa con atento examen el rostro de Casandra; mas en él sólo ve una profunda concentración del pensamiento.) Hay otro camino, Casandra; otra carrera... y es que vivas de un honrado trabajo... Ya ves: con ese dinero podrás establecerte. Doña Juana me indicó que si adoptabas ese partido, se-



guiría socorriéndote... siempre que te establecieras fuera de Madrid y dieras garantía de moralidad intachable... (Pausa.) Esta solución me parece la mejor para tí... Yo que te quiero, que soy tu mejor amiga, puedo y debo aconsejarte...

CASANDRA, bruscamente. Su pensamiento vuelve de regiones lejanas.

En vez del consejo, dame agua y te lo agradeceré más. Tengo una sed horrorosa.

ROSAURA

Ahora mismo. (Sale Rosaura; se cuela Corrita con su gato en brazos.)

CORRITA

Casandita... mira qué collar tan majo tiene mi gatín... (Casandra no para mientes en la chiquilla.) Casandita, estoy muy enfadada, pero muy enfadada contigo. (Creyendo que Casandra le pregunta el motivo de su enfado, contesta.) ¿Que por qué estoy tan enfadada? Porque no has traído á *Qui-lín* para jugar conmigo y con *Pirracas*. (La presencia y monería de Corrita evocan en Casandra el recuerdo de sus hijos. Grande emoción la sobrecoge. Brotan y afluyen de sus ojos lágrimas ardientes. Se sienta; atrae á Corrita y la estrecha en su regazo. Así la sorprende Rosaura al volver con el vaso de agua.)

CASANDRA

Tu hija me ha desconcertado. (Bebe con ansia. Sus lágrimas con el agua se confunden.)

ROSAURA

Chiquilla, ¿qué tienes tú que hacer aquí?

CORRITA

Mamucha, déjame. Me gusta estar contigo. Quiero oír todo lo que habláis para contárselo á Severiana y á Narcisa.

ROSAURA

¡Qué cosa tan fea! ¡Contar lo que hablamos!

CORRITA

¿Pues no te cuento á tí lo que hablan ellas? Ahora llegó la *Sunción*, la pincha de la tía Juana.

ROSAURA

¿Y qué dice?

CORRITA

Que la han despedido.

ROSAURA

¿Y qué más?

CORRITA

Que la tía Juana no es santa, sino una bruja. (Suelta la risa.)

ROSAURA, tapándose la boca.

¡Desvergonzada!

CORRITA, quitándose de la boca la mano de su madre.

¡Y que se quiere casar con Jesucristo!... ¡Ja, ja!... ¡Para ella estaba! Pero Jesucristo ha hecho *fú*, y con quien se casa es con el Demonio.



ROSAURA

Calla, charlatana, enredadora. (Levántase Casandra con tensión nerviosa, limpiándose las lágrimas.)  
¿Qué piensas, qué decides?

CASANDRA

Adiós, Rosaura.

ROSAURA

¿Serás buena; seguirás mi consejo?

CASANDRA, rígida.

Adiós, Rosaura.

ROSAURA

¿Por qué no te quedas y hablamos otro poquito?

CORRITA, abrazando á Casandra por las piernas. Ha soltado el gato, que brinca por la habitación jugando con el trapo rojo.

Casandita, no te vayas.

ROSAURA

¿Y á dónde vas? ¿Puedo saberlo? (Aparta á Corrita.)

CASANDRA, andando hacia la puerta.

No sé á dónde voy. Adiós.

CORRITA, frente á la puerta, los brazos en cruz, quiere cortar el paso á Casandra.

No sales, Casandita; no sales.

CASANDRA, se inclina y la besa.

Adiós, amor mío. (Apartando á la niña, sale velozmente. Rosaura la sigue sin poder alcanzarla.)

CORRITA, recogiendo su gato.

Mamá, se va... No nos quiere.

ROSAURA, llorosa.

Sí nos quiere, Corra; nos quiere. Es que...

CORRITA

Yo sé por qué está triste... Porque le han quitado el marido... Lo ha dicho *Sunción*, la pincha...

## ESCENA VIII

Calles.

ZENON DE GUILLARTE, RIOS; después CAYETANA YAGÜE. Guillermo Rios, abogado joven y romántico, que por primera vez aparece en escena, es de mediana estatura, espigado, descolorido el rostro varonil, fulgurantes los ojos. Viste con elegancia.

RIOS

Volvámonos, querido Guillarte, que en aquel balcón bajo de la acera de enfrente están como colgadas dos cursis lindísimas. Al pasar, nos miraron, y rieron como con ganas de tomar varas.

ZENON

Dejémoslo para luego, y ya que estamos tan cerca del palacio de mi amada tía, lleguémosnos hasta él.



RIOS

No quiere usted que pase la mañana sin informarse de la salud de la excelsa señora, millonaria y papisa.

ZENÓN

Es la salud de mi tía tan preciosa como el aire y la luz.

RIOS

No me negará usted, querido Zenón, que hoy está usted inquieto.

ZENÓN

Suelo ponerme así los viernes. ¿No es hoy viernes?

RIOS

Así parece... pero no lo aseguro. ¿Y al nombre del día de la semana debo atribuir su inquietud, querido Guillarte?

ZENÓN, suspirando.

No precisamente á la serie nefanda de los viernes, sino á que he visto pasar un coche de la Funeraria en dirección al palacio de mi tía... No hay momento seguro para la criatura mortal. ¿Quién le asegura á usted que á la hora menos pensada no ocurre una desgracia?

RIOS

Tranquilícese el buen *Cínico*. El furgón fúnebre ha pasado de largo.

ZENÓN

¿Está usted bien seguro? Yo de lejos no veo nada.

RIOS

Yo veo bien: el furgón ha seguido.

ZENÓN

Quiero cerciorarme. No estaré tranquilo hasta adquirir la evidencia... (Andando, andando, se aproximan á la verja del palacio de Tobalina.)

RIOS

Ya estamos cerca.

ZENÓN, distingue á cierta distancia una figura negra que se aproxima.

Amable Ríos, dígame: esa que viene hacia acá, manga-cruz viviente, negra con galones amarillos, ¿no es la reverenda Cayetana Yagüe?

RIOS

Ella misma, y lo que amarillea es un lío que trae envuelto en pañuelo negro con franjas color de azafrán. El lío parece de ropas de altar.

ZENÓN

¿Ha salido del palacio?

RIOS

¿De dónde han de salir los fantasmas sino de un antro tenebroso?

ZENÓN

No hable usted mal de ella, que yo la estimo. Ha sido mi patrona, y le debo atenciones y cuidados. Aunque beata empedernida y en



olor de sotanas, es buena mujer. La saludaré, y ella me informará de la salud de su prima.

Llega junto á ellos la manga-cruz; la saluda Zenón muy afectuoso. Es Cayetana una mujer pasada, velluda, magra y ojerosa, toda huesos, la boca lloricona y el mirar inocente. Su habla dulce deshace la mala impresión de su facha. Es una excelente condición moral metida en la más negra y fúnebre funda que cabe imaginar. Desdichas y catástrofes de familia hanla traído á tan desapacible fealdad.

DOÑA CAYETANA, contestando á la pregunta de Zenón.

Hoy está mejor que nunca. No sabe usted bien lo entonadita y fuerte que se nos ha puesto... ¡Y qué cabeza para atender á tantas cosas!... ¡Qué tino, qué prontitud para disponer! Nada, Zenón, que tenemos doña Juana para mucho tiempo.

ZENON, con un nudo en la garganta.

¡Cuánto lo celebro! ¿Viene usted de acompañarla un ratito?

DOÑA CAYETANA

Vengo de darle cuenta de una comisión muy delicada que me encargó para hoy. Gracias á Dios, ya está cumplida...

ZENON, curioso.

¿Algo de iglesia, de culto y clero, de preces á Roma...?

DOÑA CAYETANA, evadiendo con poco arte la respuesta.

Vaya; usted tendrá que hacer... yo también... Consérvese bueno. (Con inocencia celestial.)

Yo, aunque usted no lo crea, siempre le encomiendo á San José bendito, para que le dé buena suerte y le apañe sus cosas.

ZENON

El buen apaño vendrá pronto, Cayetana... Gracias por acordarse de mí. Yo también la tengo á usted muy presente en mis oraciones. ¿Se ríe? Mis oraciones, sí; sólo que son por pasiva... Adiós, adiós... (Desaparece Cayetana.)

RIOS

Esta visión es de mal agüero, Guillarte amigo. (Llegan junto á la verja del palacio.)

ZENON

No lo crea usted. Cayetana es una fantasma inofensiva, y una estantigua que siempre me ha traído buena suerte.

RIOS, señalando un carro parado en la entrada del parque.

Mire usted, Guillarte. Esto que aquí vemos es un camión con cajas vacías y tablazón para embalaje. ¿Sale de Madrid doña Juana?

ZENON

¿Será costumbre que las santas se lleven sus muebles al otro mundo?

RIOS

Se dan casos. Hay ricos que al subir al Cielo cargan con todo, y no dejan á sus parientes ni los clavos.



ZENON

¡Malicioso!

RIOS

No se fíe usted de la cábala... (Mirando al parque.) ¡Ojo, Guillarte! Sale el Excelentísimo señor don Francisco Cebrián.

ZENON

Hagámosle un saludo grandioso.

RIOS

¡Ojo, ojo! Vienen con él dos conspicuos del orden sacerdotal.

ZENON

Pues que nuestro saludo sea de extremada reverencia.

Traspasan la puerta de hierro el señor Cebrián y dos apersonados sacerdotes. Arrima un landó de la casa, que á la sombra esperaba en la acera de enfrente, y antes de que á él suban los tres señores, adelántase Zenón y saluda con meliflua urbanidad á Cebrián. Contesta éste no menos meloso. Entran los curas en el coche. El administrador de doña Juana consulta con éstos acerca del orden de las visitas que han de efectuar. Tras discusión breve, acuerdan ir primero á la Nunciatura. «Cocheero, á la calle del Nuncio.» Parten.

RIOS. Sigua adelante, costeano la verja.

¿Pero se van... dejan sola á la celestial oveja?

ZENON

Algún pastor quedará de guardia. (Viendo á un hombre que entra en el parque por el postigo próximo á las cocheras.) O estoy yo encandilado, ó eso

hombre que entra es el mismo *Apolo*. Su ropa ceñida y su aire chulesco no mienten.

RIOS

¿Sirve en la casa?

ZENON

Es caballero sirviente de Martina, la criada de confianza. Esta debe de ser la hora del idilio en las umbrías del parque.

RIOS, con repentino estupor, fijándose en una persona que avanza por la acera de enfrente, á distancia.

¡Oh! ¿Quién viene allí?

ZENON, calándose los lentes.

No distingo... veo una figura blanca. ¿Es mujer?

## ESCENA XI

ZENON, RIOS.—CASANDRA

RIOS

Diga usted diosa. ¿Cuándo se ha visto más perfecta imitación de la divinidad?

ZENON

¡Ah!... Es Casandra. ¡Y qué paso trae! Cruza la calle. Viene al palacio... ¿Quiere usted que la detengamos y charlemos con ella?

RIOS, sobresaltado.

No, no. Prefiero que entre su persona y mi admiración quede siempre un espacio de ensueño.



ZENON

Vamos á su encuentro.

RIOS, con timidez huraña.

No, no... Véala yo pasar... Luego... en mi pensamiento la enfocaré mejor.

ZENON

Ha entrado... Ya se pierde en las alamedas.

RIOS, atisbando por los buecos del enverjado.

Por aquel claro de árboles la descubriremos...

ZENON, plantándose.

Lo que descubro, amigo Ríos, es que estamos enamorados.

RIOS

Usted, no sé... yo sí.

ZENON

¿Le gusta...?

RIOS

No es sólo gustar de ella; es **adorarla**.

ZENON

¿Sin conocerla?

RIOS

Viéndola no más, la admiro en toda su belleza, y me la imagino mejor de lo que es.

ZENON

Es buena... casi es un ángel.

RIOS

Quítela usted el ángel. La prefiero mujer.

ZENON

Dicen que quedará disponible. Animo, joven honesto.

RIOS

Es mucha diosa para un triste abogado de secano.

ZENON

Con la poesía de esa mujer, se desinfecta mi hombre de la prosa de los pleitos.

RIOS

Me conformo con pensar en ella cuando escribo un pedimento, y con evocar mentalmente su belleza cuando informo en estrados.

ZENON

Ya no se la ve.

RIOS

Allí está. Parece que titubea, sin saber qué camino tomar.

ZENON

Vámonos de aquí, Ríos. Esto es hacer fieramente el tonto.



RIOS

Mi tontería llevo siempre conmigo. Hoy la he visto; hoy creo en Dios... Vámonos.

ZENON

¿A ver á las cursis?

RIOS

A ver á nuestras pobrecitas cursis, los brazos cruzados sobre la barandilla del balcón, y sobre los brazos la turgencia de sus pechos lozanos. (Se alejan.)

CASANDRA, en la alameda curva.

Alguien me sigue, me acompaña... Creí que era mi sombra. No es mi sombra: Rogelio ha mandado tras de mí á su demonio familiar... Ya le siento por la izquierda, ya por la derecha. Sus pisadas blandas suenan al compás del pisar mío... ¿Eres tú, *Caym*, el amigo de Lutero, que con él sostenía las disputas teológicas?... Ven... guíame... ¿Por dónde entraré? (Párase indecisa.) Creo que no es por aquí... ¡Qué soledad! ¿No hay ya criados en esta casa? (Contempla con tristeza las puertas y ventanas.) ¿Hijos de mi alma, estáis aquí?... De la otra parte viene un ruido de martillazos, como si estuvieran clavando ataúdes... Creo que me he perdido... ¡Ah! (Distingue una persona.) Allí veo un viejecito... el que me llevó el recado á casa... Está junto á una puerta, que conduce á la capilla y á la escalera interior... Ven, *Caym*: entremos...

## ESCENA X

La misma sala de la escena inicial de la Jornada primera. En varias mesas, sobre finas telas de damasco rojo, están colocados y como expuestos diversos objetos de valor: alhajas en sus estuches, cubiertos y bandejas de plata, armas elegantes y arreos de caza, que fueron de don Hilario.

DOÑA JUANA, MARTINA. Hállase la señora tal como aparece en la primera escena, sentada en el mismo sillón junto á la propia mesilla. Rezuquea leyendo.

MARTINA, después de esperar un rato á que en ella se fije.

Señora...

DOÑA JUANA

¿Por qué no has entrado antes

MARTINA

Creí que la señora estaba con su Padre espiritual...

DOÑA JUANA

El Padre ha ido con don Francisco á la Nunciatura. No volverán hasta las cuatro. (Con la palabra alterna el rezo entre dientes.)

MARTINA

Si la señora no quiere estar sola, la acompañaré... ó mandaré á mi sobrina Micaela.

DOÑA JUANA

No: déjala en la cocina... Y tú sigue en tus quehaceres. ¿Has hecho lo que te mandé?